

1810.
tanza de espa-
ñoles en Gua-
dalajara.—
Quiénes eran
los verdugos.
—Comentarios.

Creó Hidalgo dos ministerios: «de Gracia y Justicia» uno: con el título de «Secretaría de Estado y del Despacho» el otro; nombró para el primero á un jóven abogado de Guanajuato, Don José María Chico, y para el segundo al licenciado Don Ignacio Lopez Rayon, de familia decente, natural del Real de Minas de Tlalpujua, en donde era administrador de correos, probablemente para eximirse de cargos concejiles, pues no producía el empleo para mantenerse. Se habia declarado por la insurreccion en Octubre, y habia acompañado á Hidalgo, como secretario, al Monte de las Cruces.

A pesar de que se encontró Hidalgo en Guadalajara con personas de energía que le hablaron muy francamente, como Don Antonio de Villa Urrutia, regente de la Audiencia, y los oidores Don Juan José de Souza y Viana y Don Vicente Alonso Andrade, americanos los tres, que dejaron de asistir al Tribunal desde el diez de Noviembre, y el segundo hizo una protesta pública contra Hidalgo en presencia de éste; á pesar, digo, de la conducta de éstas y otras personas, no dejó de llevarse de sus sanguinarios instintos Hidalgo y mandó *dego-llar*, no fusilar, á los españoles: el parcial escritor Don Carlos María de Bustamente confiesa que fueron *setecientas* las víctimas, aunque la voz pública las hacía subir á mil, y ésto parece lo cierto, asesinando á la primera partida de aquellos pacíficos vecinos el doce de Diciembre, como si por ser el dia en que se celebra la aparicion de la Virgen de Guadalupe, que sacrilegamente habia tomado Hidalgo por patrona de la revolucion, hubiese querido solemnizar la festividad con tan horrible sacrificio. Eran los ejecutores de tan sangrientas hazañas Muñiz, capitan que habia desertado del regimiento de Valladolid; Marroquin, presidiario puesto en libertad por Torres; Vicente Gómez, que castraba á los españoles que no asesinaba, *para que no se propa-*

gala la raza, decía aquel mónstruo. Extremece el recordar los horrendos hechos de estos miserables, de Pedro el negro, y de tantos otros jefes de cuadrillas con nombre de generales y coroneles, presidarios muchos de ellos, puestos en libertad por Hidalgo, declarados héroes más tarde por los Congresos republicanos.

Al dirigirse Hidalgo de Valladolid á Méjico en Octubre, se le presentó Don José María Morelos, cura del pueblo de Carácuaro, en la provincia de Michoacan. Nació en Valladolid el treinta de Setiembre de 1765; era hijo de un carpintero, el cuál falleció cuando todavía era de muy corta edad Don José María, y habiendo quedado muy escasa de medios de subsistencia su madre, no pudo darle los estudios necesarios para la carrera eclesiástica que quería seguir, y lo confió á un pariente que tenía una recua en la que sirvió de *atajador*; (llámase así en Méjico al jóven que va por delante guiando la recua, y en las paradas dispone las comidas para los arrieros). En todos sus viajes llevaba Morelos á su madre lo que habia ganado para ayudar á su subsistencia, ó algunas cosillas de regalo en prueba de su cariño. Logró por fin comenzar los estudios en clase de capense—llámase así á los externos—en el colegio de San Nicolás, de que era rector el cura Hidalgo, y en él hizo un acto lucido de filosofía. Habiéndose ordenado, sirvió interinamente los curatos de Churumuco y la Huacana, y posteriormente presentado á concurso, se le nombró cura y juez eclesiástico en propiedad de Carácuaro. Su fé de bautismo consta en el «Libro en que se asientan las partidas de bautismo de los españoles,» por lo cuál es de creerse que era criollo y no mulato, como se ha dicho. Salió de su curato con veinticinco hombres mal armados, y obrando con suma actividad, á fines de Noviembre habia sublevado toda la costa del Sud, y se presentó á la vista de Acapulco. Como el Virey tenía ocupadas sus

1810.

El cura More-
los.—Su origen.
—Su carrera.—
Tomó partido
con los insur-
gentes.—Sus
primeros he-
chos militares.

1810.

mejores tropas en las divisiones de Calleja y de Cruz, ocurrió á las de la brigada de Oajaca: hizo reunir las compañías de la costa, cuyo mando dió al capitán Don Francisco París, español, comandante de la quinta division de aquellas milicias, y mandó que fueran á reunirse á sus compañías los oficiales de ellas, que estando en plena paz residían en Oajaca, y casi todos eran comerciantes acaudalados.

1811.

Tuvo vários encuentros Morelos con los realistas, siendo unas veces vencido y vencedor otras; mas por disposicion suya en la noche del cuatro de Enero uno de sus subalternos, Don Julian de Avila, sorprendió á París en un punto llamado «Tres Palos,» le hizo algunos muertos, sin haber perdido Avila más que cinco hombres; cogió seiscientos fusiles, cinco cañones, cincuenta y dos cajones de parque, y porcion de víveres. Este hecho dió gran reputacion á Morelos y causó profunda impresion en el partido realista en Méjico. Desde este momento continuó triunfando hasta el punto de arrojar á los realistas de la costa del Sud.

Se pasan á los insurgentes en Aguanueva las tropas de Cordero.—Se declara por la insurreccion el teniente coronel Santa María.—Conducta humana de Jimenez y Flores.

Envió Hidalgo de comandante á las provincias internas de Oriente á Jimenez, á quien, como se deja dicho, había nombrado teniente general: reunió éste de diez á once mil hombres, gente allegadiza y sin disciplina en su gran mayoría, y el seis de Enero le salió al encuentro en Aguanueva, cerca del Saltillo, en la provincia de Coahuila, el gobernador y comandante realista de ésta coronel Don Antonio Cordero, que llevaba dos mil hombres, fuerza sobrada para haber batido á la indisciplinada de Jimenez; mas al avistarse con ésta se pasaron las tropas de Cordero, el cuál, aunque huyó algunas leguas, fué cogido por los insurgentes. A consecuencia de esta traicion, se declaró en favor de la insurreccion el teniente coronel Don Manuel Santa María, sevillano, que había ido niño á N. España, en Mon-

1811.

terey, capital de Nuevo Leon de que era gobernador, y cuyo ejemplo si guió toda la provincia.

Jimenez, hombre de educacion y buenos modales, no era sanguinario: como sus soldados habían entregado el coronel Cordero al lego Villerías, conociendo que éste no trataria al prisionero con la consideracion debida, mandó un oficial con un coche para conducirlo, le dejó en libertad y le alojó en su propia casa; no permitió que fueran saqueadas las casas de los españoles; á todos los que encontró en el Saltillo, tanto vecinos de allí como refugiados de otras partes, para nada los molestó, y á los últimos les dió salvoconductos para que pudieran volver á los lugares de su residencia, cuyos documentos no respetaron los insurgentes; pues cerca del Cedral, en el camino del Saltillo á San Luis de Potosí, fueron robados, maltratados y presos vários españoles que los tenían. Del Cedral se les condujo á San Luis por orden del intendente Don Miguel Flores, propietario rico, que era hombre de buenos sentimientos y los trató bien; pero no hicieron el viaje sin correr gran peligro de ser asesinados en Peotillos, así como otros españoles que fueron de Catorce y de Matchuala. A los tres dias de estar presos en San Luis fué depuesto Flores, su protector, y los llevaron del convento de San Francisco á un oscuro é inmundo calabozo de la cárcel pública. Más adelante verá el lector la suerte que corrieron en manos del lego Herrera.

Marchó Calleja sobre Guadalajara, pero no le aguardaron en la ciudad los insurgentes; salió el catorce de Enero Hidalgo con sus fuerzas, que ascendían á cien mil hombres, de los cuáles había siete regimientos uniformados y regularmente disciplinados, aunque escasos de fusiles. Llevaba noventa y cinco cañones del calibre de cuatro á dieciocho la mayor parte, y uno de veinticuatro; abundancia de municiones, granadas de mano,

Marcha Calleja sobre Guadalajara.—Batalla del puente de Calderon.—Son derrotados los insurgentes.—Perdidas de los realistas.—Muerte del Conde de la Cadena.—Jefes y oficiales realistas que estuvieron en Calderon.

1811.

cohetes con puntas de hierro, y otros proyectiles. De la artillería cuarenta y cuatro piezas habían sido conducidas de San Blas: eran muy buenas y estaban montadas en buenas cureñas; de las restantes, fundidas en Guadalajara, estaba la mayor parte puesta en carros, y no podían variar sus punterías. Se dirigió Hidalgo al puente de Calderon y situó sus fuerzas en las alturas circunvecinas. Calleja, que también había querido ocupar el puente, llegó á la vista del enemigo el dieciseis, y mandó practicar un reconocimiento al capitán Don Antonio Linares, con la compañía de voluntarios de Celaya, y otra que se había formado con los españoles escapados del degüello de Guanajuato. Se empeñó un fuego tan vivo, que Calleja envió un regimiento de infantería y tres escuadrones para sostener á las dos compañías.

Amaneció el día diecisiete: los insurgentes ocupaban una loma en que habían establecido «una batería de sesenta y siete cañones, apoyada su espalda en una barranca profunda y flanqueada por sus costados por otras baterías menores, que á distancias iguales la defendían y abrazaban toda la circunferencia del terreno por donde debía pasar el ejército real, intermediando además el arroyo ó barranco que corría en la dirección del E. al S. O., sin otro paso que el puente, descubierta á todos los fuegos de las baterías de los insurgentes. Resolvió Calleja atacar esta formidable posición con sólo su ejército, sin esperar la llegada del de Cruz, ya fuese para no dar á Hidalgo tiempo de reunir mayores fuerzas, como él dice en su parte oficial, ó como entonces se sospechó, por no partir con otro la gloria del triunfo, aunque éste se presentaba tan difícil, que más que temer rivales, parece que debía desear colaboradores.» Reñida fué la batalla y un momento llegó á estar la victoria por los insurgentes; pero fué de los realistas

1811.

el triunfo final, y muy considerable la pérdida de los enemigos, que dejaron toda su artillería en poder de los realistas. Estos tuvieron cuarenta y un muertos, setenta y un heridos y diez extraviados; entre los segundos gravemente el coronel Emparan; pero aunque fuese tan corta su pérdida, sufrieron la muy grande del Conde de la Cadena, el cuál, después de haber acompañado al General en jefe hasta tomar la gran batería, se separó de él para seguir al alcance, en el que se adelantó tan indiscretamente, que llegó á encontrarse solo, y le mató un soldado del regimiento provincial de Valladolid, de cuyo cuerpo recordará el lector que sólo unos pocos que siguieron á Itúrbide, no tomaron parte con los insurgentes.

En la división de Calleja se encontraban los Marqueses de Guadalupe y del Jaral, el Conde de Casa Rul y Don Nicolás de Ibarri, que eran coroneles; el comandante Don José de Morán, más tarde marqués de Vivanco; los capitanes Don Gabriel Armijo y Don Pedro Otero, todos mejicanos; y españoles, el coronel veterano Don Diego García Conde, los tenientes coroneles veteranos Don Ramon Diaz Ortega y Don Saturnino Samaniego, y el provincial Don Joaquín de Castillo y Bustamante; los comandantes provinciales Orrantia, Pesquera y muchos otros. Los nombres de todos los individuos citados, que se distinguieron con otros varios en esta batalla, los encontrará frecuentemente el lector en el curso de esta Obra.

«Increíble parecerá una pérdida tan insignificante por parte del ejército real, habiendo estado empeñado durante seis horas de acción con un número tan crecido de enemigos, y expuesto por mucho tiempo al fuego de una batería de sesenta y siete cañones, muchos de ellos de grueso calibre; y se tendrá por fabuloso que cien mil hombres de infantería y caballería, con tanta

Por qué eran tan insignificantes, comparativamente, las pérdidas de los realistas.

1811.

artillería, ocupando una posición ventajosa, se hubieran dejado batir por cinco ó seis mil soldados, que los desalojaron, vencieron y pusieron en completa dispersión y fuga; pero la explicación se hallará fácilmente si se atiende á la composición y elementos de uno y otro ejército, y á los jefes que los mandaban y dirigían. Los insurgentes, careciendo de competente número de fusiles, pretendían suplir su falta con la artillería; fundían un gran número de cañones, por lo general mal hechos; colocábanlos en una eminencia que dominase los campos circunvecinos, y no se puede decir que los sostenían con su infantería y caballería, sino que ponían detrás de ellos una multitud de hombres á pié, la mayor parte indios, con pocos fusiles y muchas hondas y proyectiles de su invención, que producían poquísimos efectos, y á los costados masas de gente á caballo con lanzas, en cuyo manejo tenían poca instrucción, y ménos en las evoluciones propias de la caballería. Esta fué la disposición de batalla en Aculco y en Calderon. Presentábanse los realistas: rompían sobre ellos los insurgentes un fuego que era casi siempre desacertado, porque los cañones apenas podían variar la puntería, por la mala construcción de las cureñas, y mientras los realistas casi no perdían tiro, asestándolos á una gran muchedumbre, cuyo estrago aumentaba mucho el terror, los fuegos de los insurgentes eran poco más que puras salvas, sin causar daño al enemigo. Las tropas reales, alentadas por la poca pérdida que experimentaban, cargaban con denuedo, cuando por el lado opuesto los insurgentes, con la que habían sufrido, estaban ya sobrecogidos de terror y prevenidos para la fuga, al ver aproximarse las columnas de ataque de sus contrarios.» «Los generales insurgentes, en la fuga siempre los primeros, no se presentaban en ninguna parte en el calor de la acción; no sabían precipitar con oportunidad sus

1811.

masas informes sobre un enemigo ya en desorden, para acabar de desbaratarlo á fuerza de número, y retirándose de batería en batería, las perdían todas esperando ser atacados en cada una. Para ellos todo ataque era derrota, y no había nunca retirada, porque toda retirada era siempre huida. Esto mismo hemos visto en nuestros días, aunque contando en apariencia con mejores elementos.»

«La batalla del Puente de Calderon fué, hablando propiamente, la primera en que el ejército de Calleja se halló. En Aculco no hubo acción: los insurgentes huyeron al primer cañonazo. En Guanajuato, aunque el fuego duró más tiempo, esto no procedió de una resistencia tenaz, sino de que, habiendo situado los independientes muchas baterías en diversas alturas, el pasar de unas á otras ofrecía dificultad, teniendo que atravesar por cañadas y barrancos, conduciendo á mano la artillería.»

En despacho reservado decía Calleja al Virey, al día siguiente de la victoria del Puente de Calderon, que «debiendo hablar con la ingenuidad inseparable de su carácter, no podía ménos de manifestar al Virey que sus tropas se componían de gente bisona, poco ó nada imbuida en los principios del honor y entusiasmo militar, y que sólo en fuerza de la impericia, cobardía y desorden de los rebeldes, había podido presentarse en batalla del modo que lo había hecho en las acciones anteriores, confiado siempre en que era poco ó nada lo que arriesgaba; pero que en la de Calderon que los enemigos, con mayores fuerzas y más experiencia habían opuesto mayor resistencia, había visto titubear y á muchos cuerpos emprender una fuga precipitada, que habría comprometido el honor de las armas, si no hubiera concurrido él con tanta prontitud al paraje, en que se habían introducido el desaliento y el desorden.»

Despacho de Calleja al Virey, manifestando poca confianza en sus tropas.—Contestación prudente de Venegas.

1811.

No se comprende que Calleja esperara que se hubiera introducido ya el entusiasmo militar, en hombres que sólo hacía setenta ú ochenta dias que habían dejado el arado ó el taller para tomar las armas; parecía ignorar lo que generalmente sucede en tales casos: que el tiempo y las victorias son los que crean ese espíritu militar, ese entusiasmo que él echaba de ménos en sus bisoños soldados.

Venegas, aleccionado por lo que á él mismo le había pasado en España, no hacía aún mucho tiempo, le contestó «que no le cogía de nuevo nada de lo ocurrido, pues era cosa general y constante en todas las tropas que no tenían práctica de la guerra, ni estaban organizadas con perfeccion.»

CAPÍTULO VI.

Entrada de Calleja en Guadalajara.—Su conducta.—Cómo fué recibido.—Llegada de Cruz á Guadalajara y su deferencia con Calleja.—Vuelven alórd en Tepic y San Blas.—Muerte del cura Mercado.

El veintiuno hizo Calleja su entrada triunfal en Guadalajara, despues de haber recibido la víspera, en el pueblo de San Pedro, á los oidores que habían quedado de la Real Audiencia, y á todas las autoridades y corporaciones civiles y eclesiásticas que, sin excepcion, le manifestaron su regocijo por el triunfo de las armas reales, é hicieron protestas de su amor y su fidelidad al Gobierno. Aunque no en todas las creyera sinceras Calleja, usó del lenguaje de la benignidad para inspirar confianza, segun él mismo escribió al Virey. Las tropas reales fueron recibidas con las mayores demostraciones de júbilo: demostraciones que si generalmente son el tributo de humillacion que el vencido paga al vencedor, sobre todo en las guerras civiles, en el presente eran una manifestacion de verdadero regocijo, pues ya hemos visto que en poblaciones que ocupaban y dominaban algun tiempo los insurgentes, la clase distinguida quedaba de tal manera cansada de su gobierno, que

1811.

consideraban como libertadoras á las tropas reales, áun muchos de los afectos á la independenciam.

El brigadier Cruz en su marcha á unirse con Calleja, había derrotado el dia catorce en el puerto de Urepetiro, en donde se habían situado ventajosamente con veintisiete cañones para impedirle el paso, los insurgentes en número de diez á doce mil hombres, mandados por Don Ruperto Mier, capitan desertor del regimiento provincial de Valladolid, nombrado coronel por Hidalgo, por quien fué mandado á tomar posiciones en Urepetiro para impedir la reunion con Calleja de Cruz. La llegada de éste á Guadalajara con sus tropas en la tarde del mismo dia veintiuno, contribuyó mucho al regocijo general. Mier se presentó pocos dias despues á las tropas reales, y sirvió de soldado.

Por la primera vez se veian Calleja y Cruz; y aunque á éste, por su antigüedad en el empleo de brigadier, le correspondía el mando en jefe, apenas hubo llegado á Guadalajara tuvo la delicadeza y el buen tacto de entregar á Calleja el de sus tropas. Salió Cruz el veinticinco para recobrar á San Blas y á Tepic, que está en el camino; pero animados los habitantes de ambas poblaciones, y acaudillados en el primer punto por el cura Verdin, mejicano, y en el segundo por Don F. Valdés, mejicano tambien, se levantaron contra los insurgentes, matando á algunos y prendiendo á otros de sus jefes.

Al cura Mercado se le encontró muerto en un voladero, en donde sin duda cayó al huir.

El cinco de Febrero se abrió una suscripcion en Méjico, para gratificar á los militares que más se distinguieran, y auxiliar á las familias de los que habían muerto. Se reunieron en pocos dias más de cincuenta mil pesos, de cuya suma se dieron seis mil á la Señora Condesa, Viuda de la Cadena, dos mil á la Señora

Suscripcion patriótica en Méjico.—Su distribución.—Pensiones que concede el Virey.—Observacion.